

1817.

apénas abrirse paso con algunos que lo siguieron, retirándose al rancho de Paso Blanco, sin que Orrantia, que había perdido un oficial y dieciocho hombres muertos ó heridos, se empeñase en seguirle.

Dejó orden Mina para que se reuniesen los dispersos en determinado dia en la misma hacienda de la Caja; se puso en camino con veinte hombres en la tarde del once, y llegó á Jaujilla al dia siguiente. En las conferencias que tuvo con la Junta, insistió en su plan de atacar á Guanajuato, lo cuál no pareció prudente á sus individuos, que consideraban más conveniente sacar de los Remedios á los oficiales de Mina por no ser tan necesarios allí, y organizar con ellos un cuerpo respetable de tropas al Sud de la provincia de Michoacan, en donde no podía ser atacado en algun tiempo, y volver entónces á entrar en campaña; pero Mina hizo punto de honor auxiliar á los sitiados en los Remedios, y con cincuenta hombres que la Junta le dió, de ciento que tenía de infantería disciplinada, se puso en marcha, habiendo dirigido desde Jaujilla una proclama á los españoles europeos establecidos en N. España, exhortándolos á unirse á él, para destruir el despotismo de Fernando sétimo.

Ataca Mina á Guanajuato.— Es rechazado.— Pega fuego Ortiz al tiro general de Valenciana.— Reproche de Mina á su gente.— Se separa de ella y sólo conserva sesenta hombres.

Várias veces habían sido atacadas las minas inmediatas á Guanajuato, y áun los suburbios de la ciudad; en la última, Francisco Ortiz, uno de los *Pachones*, había penetrado el diez de Agosto hasta la plaza de San Ramon en la mina de Valenciana, siendo rechazado con pérdida por el comandante Don Melchor Campuzano. A pesar de estos frecuentes ataques, no había la vigilancia que las circunstancias exigían, pues Mina iba entrando en dos columnas por las calles á las dos de la mañana del dia veinticinco de Octubre, sin que hubiese sido visto por nadie. Una ronda con que se encontró en la calle de Pozitos, dió el alarma: se puso en

1817.

movimiento la guarnicion; el teniente coronel Don Antonio Linares, que era el comandante, mandó colocar en la plaza un cañon y hacer fuego sobre la columna principal de Mina, que se adelantaba por la calle del Ensaye y llegó hasta el Puente nuevo; Mina, sin conocimiento de la poblacion, perdidas sus guías en medio de la confusion, no sabía cómo salir del intrincado laberinto que forman aquellas estrechas calles; su gente comenzó á huir tan en desorden, que ella misma se estorbaba en las angosturas. Al paso por la mina de de Valenciana pegó fuego Francisco Ortiz, uno de los *Pachones*, al tiro general; todos los techos eran de madera, y por consiguiente poco tardaron en quedar reducidas á cenizas las oficinas. Mina llevó á mal este atentado, y habiendo vuelto á la mina de la Luz, despechado por la cobardía de su gente, dijo á los oficiales que eran indignos de que un hombre de honor abrazase su causa, pues si hubieran cumplido con su deber, los soldados hubieran hecho el suyo y serían dueños de Guanajuato. En seguida mandó que se fuesen á sus respectivos distritos, previniéndoles que no dejasen entrar víveres al campo de Liñan ni á Guanajuato; habiéndolos despedido se quedó con cuarenta infantes y veinte caballos; pasó la noche á corta distancia, y en la mañana del veintiseis llegó al rancho del Venadito, que hacía parte de la hacienda de la Tlachiquera, perteneciente á su amigo Don Mariano Herrera, el cuál residía allí, por haber sido quemada la casa y oficinas de la hacienda por los realistas.

CAPÍTULO XVIII.

Por las noticias que le dieron á Orrantia en Silao el veintiseis, «supo que Mina debía pasar la noche en el rancho del Venadito, y á las diez de la misma salió para

Sabe Orrantia en Silao que Mina estaba en el Venadito.— Sorprende el

1817.
punto.—Cae
prisionero Mi-
na.—Le cogió el
dragon Cerv-
vantes.

aquel punto con quinientos caballos, dejando la infantería. Mina, á quien había venido á ver Moreno con poca gente de caballería, en la confianza de estar seguro en un lugar tan oculto y con las precauciones que había tomado, se puso á descansar sin cuidado, y por la primera vez despues de muchas noches, se quitó el uniforme y permitió que se desensillasen sus caballos.

«Al amanecer del veintisiete, llegó Orrantia á la vista del rancho, y mandó que avanzasen sobre él á galope ciento veinte dragones del cuerpo de Frontera, á cargo del teniente coronel Don José María Novoa, para no dar lugar á que huyesen Mina y los que con él estaban allí. Los que intentaron defenderse fueron muertos, entre ellos Don Pedro Moreno. Mina saltó de la cama al ruido, y salió sin casaca como había pasado la noche, para tratar de reunir su gente, por cuyo motivo aunque su criado favorito, que era un jóven mulato de N. Orleans, ensilló prontamente su caballo, no pudo encontrarle, y cuando trató de ponerse en salvo viendo que todo esfuerzo era inútil, era ya tarde y fué cogido sin ser conocido, hasta que él mismo se descubrió, por el dragon de Frontera José Miguel Cervantes.»

Es llevado Mi-
na á Silao.—
Rectificacion de
noticias respec-
to de la cabeza
de Moreno y de
Mina.

Fué llevado Mina á Silao el mismo dia de su prision. En el tomo cuarto de su *Historia de la revolucion* dijo Don Lucas Alaman: «en Silao entró Orrantia en triunfo, llevando con Mina la cabeza de Moreno en una lanza: en aquel pueblo se le echaron á Mina grillos en los piés.» Pero en el tomo quinto publica una rectificacion que le dirigió en 1851 desde Jerez de la Frontera, el coronel Orrantia en que dice: «Tampoco es cierto que la cabeza de Don Pedro Moreno fuese puesta en la punta de una lanza, pues fué metida en un corral hasta Silao, en donde la entregué á Don Pedro Celestino Negrete, que me la pidió. Yo nunca la ví, pues no me gloriaba de tales escenas. En Silao tuvo empeño el pueblo

en ver á Mina, y como ya era de noche, se tomó la precaucion de ponerle grillos, que sólo tendría una hora escasa.»

Conducido Mina al campo de Liñan, se le trató con consideracion: «para seguir la causa informativa que se había comenzado á instruir, fué comisionado el coronel Don Juan de Orbegoso, español, que hacía de mayor general del ejército sitiador; siendo el objeto averiguar las personas que habían contribuido en Europa y los Estados Unidos á formar la expedicion, y los sujetos con quienes estaba en relaciones en los diversos lugares del Reino, especialmente del Bajío, Mina nunca quiso dar informe alguno sobre estos puntos, aunque escribió una carta á Liñan en que reconocía «haber obrado como mal español, y sin hacer traicion á la causa que había abrazado, manifestaba, que el partido republicano no podría nunca adelantar nada, ni haría otra cosa que la ruina del país; ofreciendo informarle verbalmente de cuanto creyese conveniente para la pronta pacificacion de aquellas provincias.» Robinson, en sus *Memorias*, duda que Mina escribiera esta carta; pero existe en el Archivo General de la República.

«El once de Noviembre, á las cuatro de la tarde, una escolta de cazadores de Zaragoza condujo á Mina, del cuartel general del ejército al crestón del cerro del Bellaco, que fué el sitio destinado para el efecto: los dos campos enemigos, suspendiendo las hostilidades, como de comun acuerdo, estaban en el más profundo y solemne silencio: Mina, acompañado por el capellan del primer batallon de Zaragoza, Don Lucas Sainz, con quien se dispuso cristianamente, habiendo protestado que moría en la fé de sus padres, y lisonjeándose de hacerlo en el seno de la Iglesia Católica, se presentó con tranquilidad y compostura, y habiendo dicho á los soldados que debían hacer fuego sobre él: «No me ha-

1817.

Se sigue cau-
sa á Mina.—No
compromete á
nadie.—Su car-
ta á Liñan.—Su
fusilamiento.—
Muere como ca-
tólico.

1817.

gais sufrir,» cayó herido por la espalda, sintiendo sólo que se le diese la muerte de un traidor.»

Esperanzas de los insurgentes. —Cómo se recibió en Méjico la noticia de la prision de Mina, y se solemnizó allí y en otros puntos. —Premios á Orrantia y á Cervantes. —Título al Virey.

Estaban en Méjico los insurgentes vergonzantes, muy llenos de esperanzas en Mina, á pesar de la rendicion del fuerte del Sombrero; no les causó, pues, poco desaliento y sorpresa «la noticia de la prision de Mina, que se supo el treinta de Octubre á las siete y media de la noche, por parte que dió el comandante de Irapuato Pesquera: se celebró con repiques y salvas, cantándose en el teatro una marcha cuya letra fué improvisada por uno de los concurrentes. El primero de Noviembre se recibió el aviso oficial de Orrantia; se comunicó inmediatamente por extraordinario á todas las capitales de provincia, y se mandó solemnizar con *Te Deum* y misa de gracias, que en Puebla cantó de pontifical el obispo Pérez. Orrantia obtuvo el empleo de coronel de ejército: al dragon que aprehendió á Mina se le ascendió á cabo, se le dieron los quinientos pesos de gratificacion ofrecidos al que cogiese á éste, y un escudo diverso del que se concedió á toda la division: el virey Apodaca fué premiado con el título de «Conde del Venadito.»

Asalto del fuerte de los Remedios, desastroso para las tropas reales. —Pide Liñan refuerzos, que se le envían.

La pérdida sufrida en la artillería de la batería del Tigre en la salida de los sitiados que he referido, «fué presto reparada por Liñan, continuando los fuegos contra la cortina entre el baluarte de Santa Rosalía y el rediente llamado batería de la Libertad; abierta brecha, el coronel de Navarra Ruiz propuso un plan de asalto que fué aprobado por Liñan, y estando todo prevenido para ejecutarlo el viérnes catorce de Noviembre, se difirió para el domingo siguiente, porque Ruiz tenía aquel dia por aciago y Liñan condescendió con las preocupaciones de aquel Jefe, «como buen marino,» segun escribió. La columna de ataque, mandada por el teniente coronel de Navarra, Don Tomás Peñaranda, se componía de los granaderos y cazadores de Zaragoza, pri-

1817.

mero Americano, Corona, Fernando sétimo y Navarra; mandaban otras dos columnas de á ciento cincuenta dragones desmontados de San Luis y Frontera, los tenientes coroneles Don Anastasio Bustamante y Don José María Novoa, para obrar segun las instrucciones que se les diesen, ascendiendo toda la fuerza que debía marchar al asalto á más de novecientos hombres escogidos. Aunque la brecha no estuviera del todo practicable, las columnas se pusieron en movimiento el dieciséis á las cuatro de la tarde, amenazando al mismo tiempo otros destacamentos vários puntos; mas pronto conocieron los sitiados que el ataque principal era á la brecha, y en ella reunieron todos los medios de defensa. Los asaltantes marcharon con resolucion, aunque expuestos, no sólo al fuego continuo de fusilería, sino tambien á la lluvia de piedras que sobre ellos descargaban las mujeres y los muchachos, que se presentaban sobre la muralla con el mismo denuedo que los hombres. A tiro de pistola se detuvo la columna, por lo escabroso del terreno y lo pendiente de la cuesta; pero recobrado algun aliento, siguió avanzando hasta doce pasos de la muralla, y algunos oficiales y soldados de los más bizarros subieron á la brecha; pero muertos éstos, el comandante Peñaranda, muchos de los más distinguidos jefes, y habiendo sufrido una gran pérdida la columna, retrocedió en desorden perseguida por los sitiados que salieron á su alcance.

»Este fué uno de los mayores golpes que las armas reales sufrieron en esta guerra; el ataque tan imprudente como lo había sido el de Cóporo, y los resultados fueron más funestos que los de aquel; la pérdida ascendió á treinta y seis oficiales y trescientos cincuenta y siete soldados muertos ó heridos, la flor de los cuerpos expedicionarios; los últimos fueron conducidos á Irapuato, y Liñan, dando aviso al Virey el dia si-

1817.

guiente del desastre, le dice que nada podía emprender contra el fuerte si no se le mandaban mayores fuerzas, algunas piezas de artillería de á doce ó mayor calibre y municiones, porque de todo carecía, escaseando tambien los recursos pecuniarios, pues no recibía los fondos que debían remitírsele de Querétaro, San Luis, Guanajuato y Guadalajara. El Virey le proveyó de todo: mandó marchar al sitio el segundo batallon de Zaragoza, que salió de Méjico conduciendo ciento ochenta cargas de municiones, quedando en Querétaro el de Zamora, cuyo comandante Bracho recibió el mando de aquella ciudad y distrito, del que se separó el brigadier García Rebollo, anciano octogenario, que durante toda la guerra prestó los servicios más importantes al Gobierno. Al mismo tiempo previno el Virey á Liñan «que no aventurase nuevo ataque hasta haber »destruido las obras del enemigo, y abierto una brecha »capaz de que pudiese entrar por ella un número de »tropa, suficiente á superar los obstáculos que opusiesen »los enemigos.»

Adelantan las obras de los sitiadores.—Mala situacion de los sitiados en los Remedios.—Hacen éstos una salida en que son rechazados.

»En tal estado siguieron las cosas en el resto de Noviembre y todo Diciembre; mas la situacion de los sitiados había venido tambien á ser difícil: los trabajos de zapa habían proporcionado á los sitiadores situarse á cubierto á medio tiro de pistola de los muros; la mina adelantaba contra el baluarte de Tepeyac, cuyas obras exteriores estaban casi destruidas por el fuego de las baterías del cerro del Bellaco, y otra batería de un obus y un cañon que mandó situar Liñan al Sud del fuerte, á corta distancia de éste, descubría todas las habitaciones y oficinas, sin que se pudiese estar con seguridad en ninguna; escaseaban los víveres frescos, si bien tenían abundancia de maíz, y sobre todo,» aunque habían fundido un cañon de á veinticuatro, comenzaban á faltar las municiones, que no se habían podido

1817.

hacer de buena calidad en el fuerte, é impedían la entrada de las que les remitían de Jaujilla, las partidas con que Liñan había cerrado todos los caminos. Sin embargo de estas precauciones, Cruz Arroyo logró entrar en el fuerte, y presumiendo Liñan que había de intentar salir, estaba con mucha vigilancia.

»En efecto: en la noche de veintiocho de Diciembre á las once, los sitiados, mandados por el mismo Cruz Arroyo y por los capitanes Crocker y Ramsay, asaltaron el campamento del Tigre; se peleó con encarnizamiento por una y otra parte durante más de una hora; los asaltantes se apoderaron de dos baterías, pero fueron rechazados en la tercera, y tuvieron que retirarse dejando veintisiete muertos. Un convoy de víveres y municiones que al mismo tiempo trataron de introducir en el fuerte, cayó en poder de los sitiadores.»

«Las ventajas obtenidas por Mina en los primeros pasos de su expedicion, habían hecho que el Virey diese órdenes de marchar hácia el Bajío y provincia de San Luis, á todas las tropas de que podía disponer á grandes distancias, y en este caso se encontró el batallon de Santo Domingo, que se hallaba en Tlapa, en el Sud, encaminándose por Ixtlahuaca á Acámbaro. Unida esta fuerza, que accidentalmente transitaba por allí, con la que tenía en el mismo pueblo de Ixtlahuaca el coronel Don Ignacio Mora de su regimiento Fijo de Méjico, y con la caballería del escuadron de dicho lugar, se dirigió Mora á Cóporo, para desalojar de aquel punto á Bravo. Era Mora nuevo en el oficio de la guerra, y con pocos conocimientos y mucha temeridad hizo asaltar las fortificaciones, en gran parte ya reparadas, formando con este fin una columna de las compañías de preferencia del Fijo y de Santo Domingo, á las órdenes de Filisola y del teniente Don Félix Merino. El ataque se verificó el primero de Setiembre con tan fu-

Disposiciones del Virey respecto del Bajío y de San Luis de Potosí.—Asalta á Cóporo el coronel Mora.—Es rechazado.—Es relevado del mando por el comandante Barradas, que tambien fue rechazado.—Toma el mando del sitio el coronel Márquez Donallo con más tropas.

1817.

nesto resultado, que fué menester desistir del intento, habiendo perdido cinco oficiales y cien soldados.

»Relevado del mando Mora, se le dió á Don José Barradas que marchó á tomarlo, llevando de refuerzo su batallon ligero de San Luis con cantidad de municiones; pero no fué más feliz que Mora, pues habiendo intentado una sorpresa por una vereda desconocida, fué descubierto y rechazado con bastante pérdida; pidió entónces mayor número de tropas, pero se le mandó con ellas sucesor, siendo destinado á encargarse del sitio el coronel Márquez Donallo, el cuál salió de Méjico con aquel objeto el trece de Noviembre con su batallon de Lovera, doscientos caballos y artillería de más calibre, y despues le siguió una parte del regimiento de Ordenes Militares.»

Escaseces en el fuerte.—Intentan fugarse los sitiados.—Perecen muchos.—Caen prisioneros doscientos setenta y siete.—Logra ocultarse Bravo.—Su constancia.—Premios por la toma de Cópore.

No habiendo logrado introducir en el fuerte un convoy de víveres que llevaba el cabecilla Don Benedicto López, en cuya tentativa cayó prisionero de su antiguo compañero de armas el indultado Don Mariano Vargas, se veían reducidos Bravo y los suyos á la mayor necesidad. Resolvieron abandonar á Cópore é «intentaron la fuga, precipitándose por un derrumbadero llamado las Cuevas de Pastrana; pero habiendo dispuesto Márquez Donallo que Barradas, guiado por Don Ramon Rayon, los persiguiese con la seccion de su mando, fueron muertos muchos y se hicieron doscientos setenta y siete prisioneros, con porcion de mujeres y niños, de que habían perecido muchas en el precipicio en que se arrojaron. Bravo, muy maltratado por la caída que dió desde una grande altura, logró ocultarse entre unas peñas, y de allí se fué á pié y sin tener con que alimentarse, al rancho del Atascadero, distante más de treinta leguas de Cópore, cuyos habitantes le franquearon un caballo para llegar á Huetamo, en donde se propuso reunir los dispersos; pues incontestable siempre con-

1817.

tra los golpes de la fortuna, parecía que los reveses le servían de estímulo para intentar nuevas empresas.»

Dió vários premios el Virey; y aunque pidió por tercera vez al Gobierno que se diera el empleo de brigadier á Márquez Donallo, que tantos y tan distinguidos servicios había prestado, no lo consiguió, pues desgraciadamente nunca se apreciaron debidamente en España, los hechos en las penosísimas campañas de América.

El cura Verduco, concluido el período de su diputacion en el Congreso, se había retirado á una rancharía llamada de las «Piedras,» á corta distancia de Tiritío, en donde estuvo muy en riesgo de ser aprehendido el dieciseis de Noviembre de mil ochocientos dieciseis por el capitán Don Juan Amador; pero avisado en el momento de llegar éste, supo darse tan buena maña, que pudo escapar á la vista de los soldados que se apoderaron de su equipaje, y se ocultó en los montes. En Agosto de mil ochocientos diecisiete, se presentó á la Junta de Jaujilla, la cuál le nombró comandante general de la provincia de Méjico y en seguida del Sud; pero como era para muy poco, no hizo cosa alguna ni en una ni en otra parte, y se volvió á retirar á Purichucho, media legua distante de Huetamo.

Don Ignacio Rayon estaba preso por orden de la Junta, que no quería reconocer, en la estancia de Patambo, no léjos de Jaujilla, y había quedado en completa libertad, ocupada la gente que le guardaba en otras atenciones, ú obligada á abandonarle por falta de medios de subsistencia. Pensaron entónces Cueva y Salazar en aprovecharse de estas circunstancias, para hacerse del uno y del otro, y así lo propusieron al Virey.

»Cueva había estado en el partido de la revolucion y para los objetos del giro que hacía, llevando efectos de comercio que vender á los pueblos de tierra caliente

El cura Verduco.—Se presenta á la Junta de Jaujilla, que le nombra comandante general.—No sirvió para nada.

Cueva y Salazar proponen al Virey apoderarse de Verduco y de Don Ignacio Rayon.—Medios que emplean al efecto.—Logran su objeto.—Dificultades para